

## «Accidentes Topográficos Artificiales»

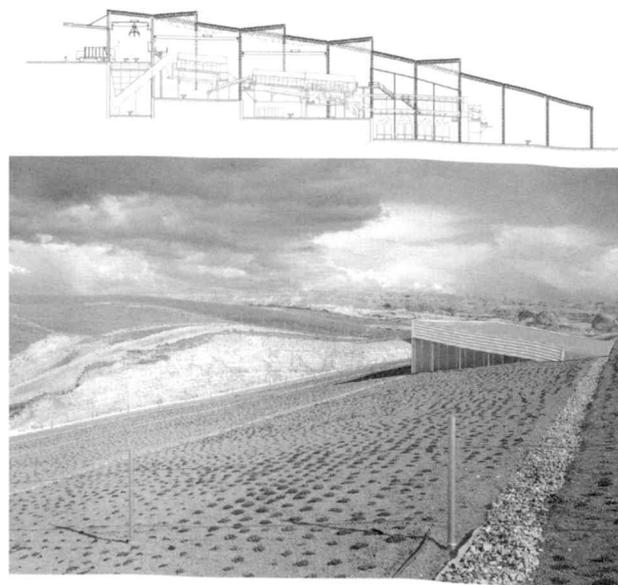
Juan Herreros (Abalos & Herreros)

### Transcripción de la Ponencia Presentada en el Congreso de la UIA Berlín, Julio-2002

«Accidentes Topográficos Artificiales» es un concepto que remite a la propuesta de imaginar la arquitectura como la construcción de una segunda naturaleza. No nos referimos aquí a la naturaleza como una metáfora organicista, sino en el sentido estrictamente literal: una naturaleza completa, con sus técnicas, con sus leyes y con sus procesos. Una naturaleza que bien podría ser considerada un mundo, porque podemos afirmar que todo el globo es ya territorio codificado, soporte tecnificado. Este artefacto-mundo, se presenta ante nosotros como un material hasta ahora desconocido, un conglomerado de elementos naturales, artificiales e inmatriciales como los flujos o la información; al mismo tiempo poroso y fibroso, con áreas densas y estables, que antes llamábamos posiblemente ciudades, cargadas de memoria y vastas extensiones desleídas, sin cualidades, casi líquidas, a las que antes designábamos naturaleza o paisaje: un mundo y una cultura asociada constituidos por elementos antitéticos que han roto con la precisión de los límites tradicionales entre lo natural y lo artificial. Si fuésemos arquitectos modernos, este material-mundo lo pensaríamos en términos morales y daría lugar a soluciones reformistas. Pero si abandonamos el recurso a la nostalgia y al lamento e intentamos imaginar una práctica arquitectónica posible hoy, debemos partir de la búsqueda en ese magma informe y caótico de un sustrato poético, aquella carga de emoción posible oculta tras tanta banalidad y convencionalidad que nos rodea. Atendiendo al lema de este congreso, debemos asumir que la práctica arquitectónica en sus productos de mayor penetración cultural se conforma hoy con la construcción de superobjetos autistas contra un fondo, la ciudad, que ya no quiere ser tal. Frente a ello, las corrientes de pensamiento y los deseos que atraviesan la sociedad nos remiten a una fusión de lo natural y lo artificial que tiene su cara más naif en el ecologismo de buenos y malos pero también su cara más crítica e interesante entre los teóricos, científicos y artistas que se cuestionan el papel de la naturaleza en todas las disciplinas. En arquitectura, asumir tal disolución como una realidad pero además como uno de los más potentes referentes al momento presente del sujeto urbano, conlleva un programa de trabajo a cuyo través redefinir la posición del hombre contemporáneo frente al mundo, y creemos que eso es lo que nos tiene hoy aquí a todos sentados: descubrir hasta que punto puede la arquitectura tener un papel decisivo en esta redefinición, y en cierto modo evitar que

tal posibilidad se nos escurra entre los dedos.

Una observación válida en casi todo el mundo es que en este proceso de disolución de lo artificial y lo natural, la arquitectura trabaja con los deshechos y las energías disipadas en los procesos de cambio. La arquitectura se ha convertido en un parásito de las grandes transformaciones económicas, sociales y urbanas y ahí está precisamente su gran oportunidad: encaramarnos en el cambio, apropiarnos de la energía liberada en esos procesos de alteración permanente de la ciudad o del mundo, que ocurrirán en todo caso, intervenga la arquitectura o no. El Cambio y la Energía junto con la información, son tres nuevas materias primas esenciales para trabajar en este momento. A este respecto, solemos citar la palabra castellana descampado, que significa literalmente «lo que ha dejado de ser campo». Un lugar esterilizado, tal es la acción de descampar, generalmente por el contacto con la ciudad, como paso previo a su ocupación; un lugar que ha perdido sus reglas, sus leyes (su naturaleza) y durante un tiempo queda suspendida a la espera de un nuevo sentido. En ellos se fraguan las oportunidades sobre las que ensayar otras categorías para lo público, nuevas ideas para la ciudad ajenas a la diferencia jerárquica entre centro y periferia, edificio y master-plan, territorio urbanizado y naturaleza. Estos descampados, generalmente en los bordes de las ciudades, son mayoritariamente los enclaves en los que ha trabajado nuestra generación y las siguientes en España y en toda Europa. Asumido su papel de laboratorio, nos queda solo imaginar cómo podría ser un lugar



Planta de reciclado de basura, Madrid

denominado *desedificado*, que hubiera perdido su condición artificial para devenir en natural. Cualquiera que sea su origen, constitución, historia o topografía, surgen llenos de oportunidades y algunos pueden ser tan dramáticos como el vertedero de basura doméstica de Madrid, una mastaba, un accidente topográfico, de 45 metros de altura y un millón de metros cuadrados de superficie que acumula 30 años de memoria arqueológica asociada a los desechos de tres millones de habitantes: una de las infraestructuras, oculta a la mirada pública, que la ciudad necesita para asegurar su supervivencia. Ante la necesidad de construir una nueva planta de reciclado surge la oportunidad de hacer público aquello que siempre permaneció escondido a los ojos del ciudadano. El reto, así al menos lo planteamos en el concurso previo, era construir una instalación que pueda ser entendida como un equipamiento público a cuyo través establecer relaciones entre arquitectura, cultura del reciclaje y compromiso medioambiental. Así, todos los componentes constructivos se han buscado reciclados, de bajo consumo (también económico, la primera ecología), llegando incluso a concebir los propios edificios como reciclables asumiendo su condición de tecnologías de vida limitada a 25 años de vigencia media. De tal investigación surge el planteamiento de entender el proyecto como la preparación de un sistema, no solo constructivo, entendido como un conjunto de leyes, como las reglas de un juego - simples y abiertas- que permitan tomar decisiones. Cuatro materiales básicos lo constituyen: uno pesado -hormigón mezclado con material extraído del lugar-; uno translúcido para matizar la luz -poli-carbonato reciclado-; uno opaco para los contenedores ruidosos -chapa galvanizada- y un sistema estructural atornillado que permite su montaje y desmontaje sin dañar las piezas. Con ellos se construye un interior que se presenta con la generosidad y luminosidad del vestíbulo de un gran equipamiento, porque el concepto más ambicioso de este proyecto es precisamente su conversión en una institución pública, en una gran máquina de sensibilización medioambiental, un centro dotado de un programa pedagógico con un museo del reciclaje y un circuito pedagógico que lo recorre. Los visitantes no aprecian diferencia entre museo e instalación industrial, todo tiene idéntica capacidad de asombrar como tampoco pueden dibujar la separación entre el complejo y su paisaje, pues la arquitectura es aquí un filtro para relacionarse con ese entorno durísimo del sureste madrileño, un territorio seco -yesífero-, de una carga poética muy castellana, muy esencial, difícil de apreciar. Frente a él, el proceso lineal y gravitatorio del reciclado se posiciona a través del



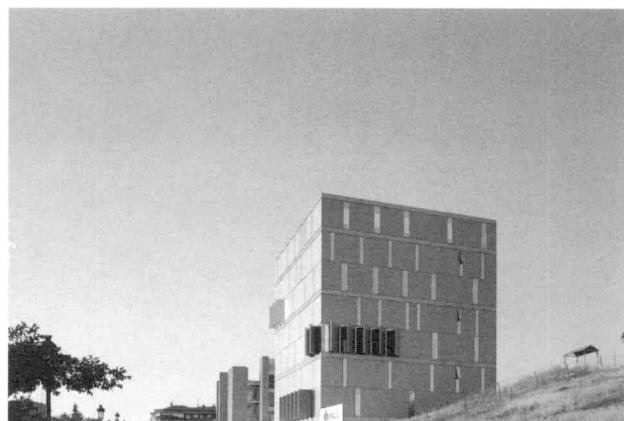
gesto de elegir una ladera suave, recortar su capa vegetal y elevarla sobre columnas para proteger las máquinas. Su tamaño y posición, cuidadosamente medidos, le permiten dialogar con las laderas del antiguo vertedero y mirar confiado a la silueta de Madrid que se adivina al Oeste.

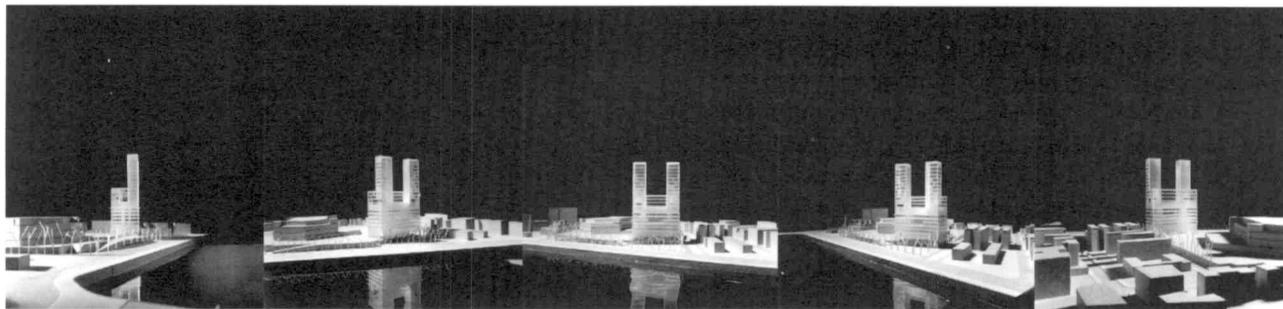
El proyecto remite a través de su asentamiento a una cierta naturalidad que pretende construir las cosas que siempre quisieron estar allí o que reproducen la actitud con la que el propio cuerpo se enfrenta a un paisaje o situación. Nuestro estudio ha producido bajo esta idea algunos edificios casi animistas que se levantan, miran o eligen su posición o postura en función de lo que quieren mostrar, enfatizar o rechazar. Según esto, la tradicional idea de que contexto es lo que existe en un lugar antes de actuar, se queda raquítica frente a la posibilidad de inventarlo y construirlo a través del proyecto. Si no existen diferencias entre lo natural y lo artificial, podríamos concluir que la naturaleza puede construirse tanto como la arquitectura puede naturalizarse y en ese proceso, verse sometida a las mismas acciones que los árboles o las nubes, asumiendo la belleza oculta bajo el manto de la fragilidad, abandonando la necesidad de ofrecerse permanentemente estable, resistente y orgullosa.

El papel pintado diseñado por Peter Halley para la Biblioteca del barrio de Usera en Madrid puede servir para ilustrar esta idea. Una sala de lectura, una silenciosa habitación de techos altos, en penumbra, solo interrumpida por las luces de las mesas concentradas sobre los libros de los lectores. Al alzar la vista, el papel con sus motivos caligráficos introduce una vibración que desdibuja los límites de la sala en una experiencia espacial de reminiscencias árabes. El plano de reverberancia es interrumpido de forma aparentemente



*Biblioteca del barrio Usera, Madrid.*



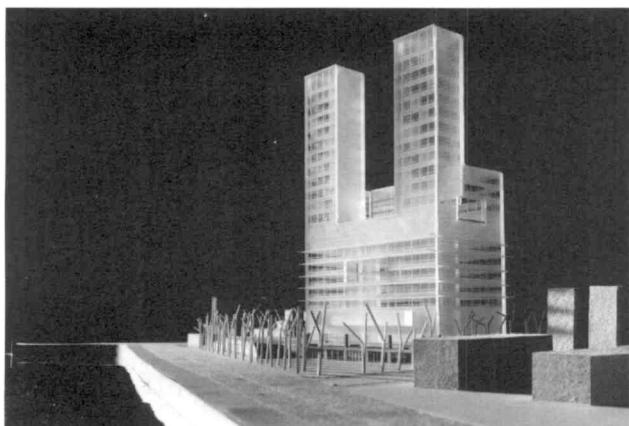


aleatoria por algunas grietas que seleccionan fragmentos del horizonte de la ciudad: una periferia anodina en cierto modo, pero que a través de la interposición de este filtro encuentra sus momentos de gloria o esplendor. La propia biblioteca, al elegir la configuración de torre y envolverse en material reflectante dorado, se muestra diferente y vibrante según las condiciones meteorológicas, la hora del día o la calidad de las nubes. La arquitectura se apropia del aire -exterior e interior- exponiéndose, cambiando de color, tomando y reflejando, relajándose digamos, dispuesta a ser estimulada, a ser excitada por las condiciones de su entorno.

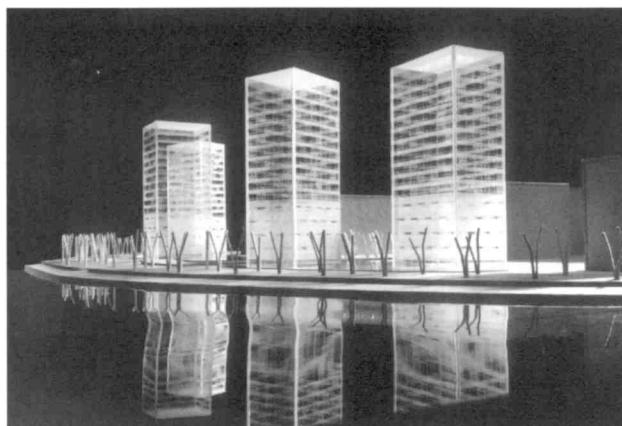
Expandir la idea de contexto implica ampliar la casuística de los elementos seleccionados en cada caso para trabajar con ellos, sean materiales, físicos, asociados a la fenomenología o a la memoria. Así un edificio junto a unos grandes almacenes en Algeciras puede ser una oportunidad de oro para redescubrir la potencia de un enclave tan estratégico como el Estrecho de Gibraltar. Allí se superponen una serie diversa de movimientos sociales, tráficos y evasiones de todo tipo con una historia riquísima que afecta a varias civilizaciones en un proceso incesante de cambios tras los que, aún hoy, Algeciras, ciudad fronteriza, se muestra como un lugar inestable en conflicto permanente. Su caos es en cierto modo su energía y su condena... y allí surge la posibilidad de construir un pequeño rascacielos, justo enfrente del peñón de la discordia, un accidente topográfico artificial que quiere hacerse eco de toda esa riqueza fenomenológica, histórica, y también topográfica, con el mar a sus pies, África a la vista, los olivares y alcornoques de las dehesas y la sierra de Cádiz a sus espaldas. El edificio, cuyo programa público y privado a la vez era también objeto del concurso, se ofrece como un gesto monumental que acoge en sus plantas bajas la actividad comercial asociada a la calle y un museo de la historia, la

cultura y la realidad social del estrecho en su corazón a la altura de la ciudad. Un hotel industrial asociado a las nuevas tecnologías y un centro de cultura física asociado a la nueva cultura del cuerpo colmatan el gran zócalo que se remata con una plataforma pública, un jardín-mirador con solarium y otras actividades al aire libre del que emergen dos torres residenciales, ahora barriendo los 360 grados del horizonte. Todo esto encuentra su sentido a través del compromiso con la técnica constructiva contemporánea: cerramientos mixtos que hacen del policarbonato translúcido y el corcho -en alusión a los alcornoques vecinos- sus materiales principales, dan a la torre una presencia etérea, evanescente y cambiante, pero sobre todo frágil, no afirmativa, expuesta e inestable. Este edificio, mostrándose a sí mismo sensible y dispuesto a ser estimulado, expresa también su falta su temor a lo desconocido, a lo extranjero, y muestra su desconfianza hacia las fronteras mientras sueña un nuevo equilibrio, diferente del orden tradicional, para su entorno.

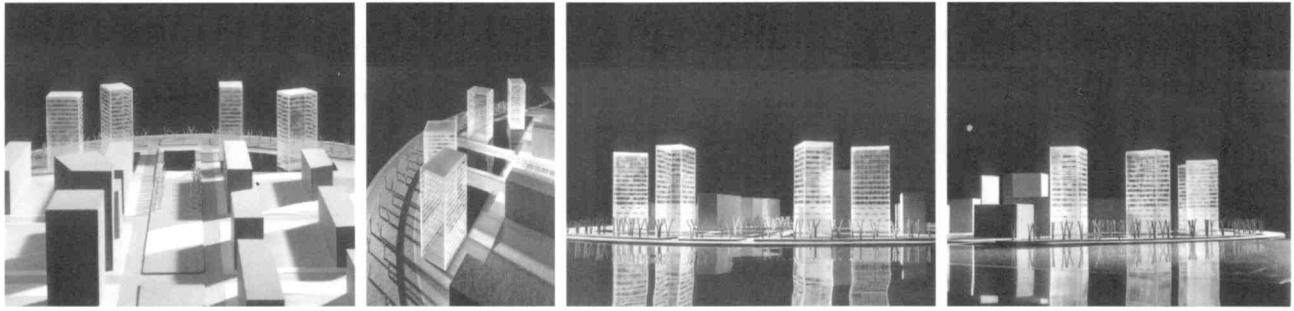
El concurso de Algeciras en el que solo obtuvimos el segundo premio, está presente en otra situación de borde que ensayamos a continuación. Se trata del punto de encuentro de la ciudad consolidada de Vitoria con la naturaleza y más concretamente con un espacio protegido, el humedal de especial interés ecológico de Salburúa. Construir aquí un ambicioso programa mixto residencial y de oficinas surge como la oportunidad de señalar y poner en valor la delicadeza y diversidad biológica de este enclave. Las cuatro torres que alojan el programa se plantean como un reagrupamiento del volumen disponible en el planeamiento previo con el afán de liberar el suelo esponjando la masa edificada al acercarse a las lagunas. Pero si la arquitectura demuestra la inutilidad de ocuparlo todo, también gana el derecho a no hacer nada allí y regalárselo al sistema acuático



Arriba y la derecha: torre de usos mixtos, bahía de Algeciras



Torres de uso mixto, Vitoria



inundándolo. A través de ese gesto, el suelo como valor económico queda anulado a favor de su capacidad escenográfica o paisajística. Las torres emergen entonces de estos grandes charcos artificiales atravesados por el trazado sinuoso de la carretera de circunvalación del barrio. Al recorrerla, la percepción de los prismas rotando en el horizonte convierte el desplazamiento en una experiencia cinética donde las torres se ofrecen como cuerpos brillantes y de extraña escala que otorgan el protagonismo al agua en la que se reflejan. Construidas con todos los recursos medioambientales posibles -captadores fotovoltaicos, chimeneas solares, refrigeración natural conducida desde los sótanos, etc...- no nos interesa sin embargo concentrar su éxito en tales bondades ecológicas pues nada de ello nos emociona si no se obtiene a su través un beneficio arquitectónico: la contribución a una nueva noción de belleza asociada a tales recursos tecnológicos.

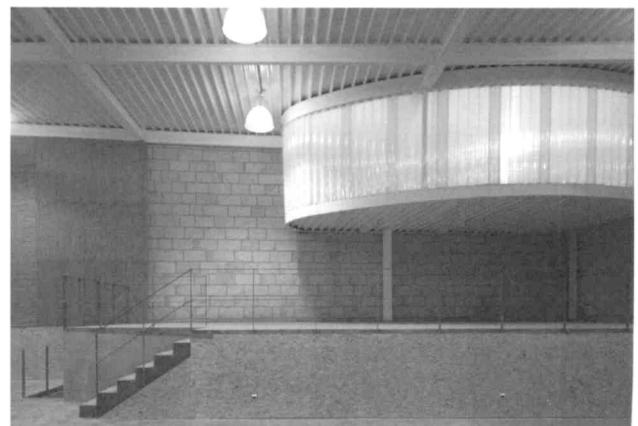
Terminaré con una imágenes de un pequeño equipamiento construido recientemente en un pueblo en la sierra de Madrid. En su simplicidad funcional -una habitación elemental que prolonga la plaza- y constructiva, expresa como si de un pequeño manifiesto se tratara los temas que hemos seleccionado para esta intervención. Se trata de una sala sin puerta, nombre ni programa definidos en la que realizar lo que no cabe en un centro de jóvenes, un centro de ancianos o un club deportivo: un ejercicio que recoge el eco crítico del escaso interés de los dos polos entre los que la arquitectura se ha movido recientemente: la fascinación por las geometrías complejas en un extremo y el minimalismo represivo en el otro. Proponemos este techo y esta fachada para verificar que deberíamos concederle a la técnica un cambio de status, más próximo al terreno de los recursos híbridos que a la celebración de los conocimientos positivos.

Y es que solo recientemente hemos comenzado a entender que una técnica híbrida, una estética mestiza y una naturalidad de nuevo cuño conducen hacia emociones de una simplicidad mucho más profunda de la que conocíamos hasta ahora (y promocionaban los medios de comunicación).

Evidentemente este congreso se produce en un mundo hiperconectado, y es el momento de entender que economía y ecología no están asociados solo etimológicamente, sino que también mantienen una relación estética. Aquellos que hoy se ven a sí mismos como vanguardistas, nostálgicos en todo caso, han imaginado que las nuevas tecnologías abrían los métodos proyectuales a procedimientos pseudocientíficos y formas asociadas a una sofisticada libertad. El sentido de la globalización sólo parece darse en una dirección: mera intensificación del dominio de los de siempre sobre los otros. Conectados universalmente, los cánones tradicionales se nos escurren de las manos, enfrentados a escalas e interlocutores de infinita diversidad e interés. Cuando vemos una idea feliz, felizmente resuelta con casi nada, como si la arquitectura no hubiese estado ahí interfiriendo, como si una nueva mirada sobre el mundo comenzara a desplegarse, no hay patrias, ni culturas, ni primer o tercer mundo: hay pura transmisión de una belleza contemporánea que deja todas las demás muy lejos en el tiempo. Queremos esa arquitectura que traspasa el tiempo y el espacio, que nos sobrecoge por simple, universal, feliz, barata e intensa. Ese es la nueva naturaleza de las cosas que nos atraen y esa es la emoción que queremos capturar ■



Arriba: Torres de uso mixto, Victoria



Abajo izq. y der.: Sede municipal y plaza. Colmenarejo, Madrid